

adueñarse de ti á cualquiera costa, aunque á reserva de cumplirte ó no, después, las promesas que hoy le arrancas... ¡Lo que me obliga á temer que no se amen!...

—¡Yo, sí—lo interrumpió Carolina enérgicamente,—yo sí lo amo, padre, más que él á mí, desde ahora lo palpo!...

—Entonces, ¿por qué vas á él?...

—Pues... por eso, ¡porque lo quiero!... Bien pronto lo conocerás, ha resuelto escribirte y tendrás que recibirlo y con él entenderte; pero antes, déjame retratártelo, describírtelo más por de dentro que por de fuera. ¡Oye!...

Y Carolina dió principio al retrato moral de Salvador, según ella habíasele supuesto; muchos rasgos exactos, ¡exactísimos!, asimismo varios falsos, idealizados por el cariño que la cegaba y desde los comienzos del asedio la empujaban más y más hacia el artista descuidado de su pergeño é individuo, pero cautivante como hombre, por su modo de pensar y de expresarse; por su independencia de hábitos, su repugnancia á sujeciones y convencionalismos, á hipocresías y fingimientos; su pleito jurado á lo grotesco y á lo innoble; su manera peculiar de considerar la existencia de él y la de ella, la existencia de todos y de todo; su culto por la belleza, su culto por ella, por Carolina, á la que apellidaba con nombres italianos que sonaban dulcísicamente, y á quien prometía marcos de amor y dicha, cuando los dos, en la soledad relativa de las calles que cruzaban juntos y con las manos enlazadas, deteníanse para mirarse en los ojos y para que le prometiera todo eso que ella no sabía repetir y que él explicábale con su voz acariciadora de varón joven y fuerte, que quiere y jura querernos mientras una se lo permita y corresponda... Todo eso que compensaba á Carolina de sus horas de labor en la tienda, de los instantes de desaliento

en calles y plazas, de sus noches de llanto pasadas ahí, en su dormitorio, con sollozos sofocados para que don Florentino no la oyese llorar, sino que la creyera dormida y feliz soñando con su idilio, con el idilio de que todas las muchachas ¡aun las más pobres y desventuradas! han menester, á fin de que su juventud y su belleza no se deshojen y marchiten en el desamor y en las lágrimas. Y cuando el idilio apuntó, con Salvador, á ella la ganó un miedo irrazonado de que la buscara y persiguiera con malos fines; y propúsose resistirle, no dar oídas á sus ruegos ni corresponder á sus miradas ni prestar atención á sus suspiros, que, regularmente, suspiros, miradas y ruegos serian fingidos y engañosos, como por lo general lo son los de todos los hombres que persiguen á las muchachas pobres y trabajadoras cual ella, si saben que carecen de vengador y apoyo...

Sin perder ripio ni gesto, esenchábala el viejo, casi trágico de palpar todo lo que su hija sabía y callaba; de palpar lo expuesta que se había hallado luchando sola por el sustento de ambos, por el suyo principalmente, que, por inválido é inservible, no le prestaba el apoyo reclamado por su juventud, ni habría podido vengar la afrenta irreparable que por tanto tiempo amagara su provocativa carne de doncella desamparada en medio de una sociedad tan sin entrañas ni conciencia para tender la mano á las vírgenes estoicas que no quieren caer, ni pecar, ni perderse en los barriales de las aventuras galantes que para siempre infaman, ni en los cienos de los amores fáciles que para siempre estigmatizan.

Conforme Carolina—engolfada ya en las confidencias—continuaba su relato con detalles y colores más vivos cada vez, extraídos del manantial inagotable de su memoria, invadía al anciano una inmensa admiración respetuosa

hacia el valor y virtud desplegados por aquella criatura sangre de su sangre, sol de su alma, y bella y frágil como cuando chiquilla, es decir, como cuando ayer, ¡que ayer no más había cesado de serlo para transmutarse en esa mujer que ahora hablábale del bien y del mal con perfecto conocimiento de lo que el uno y el otro significan! Y conforme la escuchaba, respetuoso é idolátrico, por sus adentros ¡muy hondo! reabriósele la herida interna que nunca habría de confesarle á ella: la fuga vulgar de la madre de Carolina, con un amante cualquiera, en épocas en que Carolina, todavía en la cuna, parecía haber traído al matrimonio la bendición de los cielos...

Mentalmente, mientras su hija narrábale con copia de detalles, cual buena enamorada, la entera historia de sus amores con Salvador, don Florentino inculpaba á la adúltera, hacíala responsable única del desastre de su vida, de esa enfermedad de él, que desde muy temprano tenía crucificado en aquel sillón, con los miembros paralizados; hacíala responsable de esa orfandad de la muchacha, á la que no era fácil substituirle la vigilancia materna que sabe asomarse á los corazones de los hijos y apartarlos de los peligros, que sabe aminorar los golpes que á la fuerza todos sufrimos, y endulzar las penas con el maravilloso bálsamo que sólo las madres poseen para curarnos hasta de los daños remotos que han de abatirse sobre nosotros cuando ya ellas hayan sumergídose en el sepulcro y en la muerte. Milagro, y patentísimo, antojábasele al anciano letrado que Carolina aún se hallase sana de espíritu y salva de cuerpo. Y convenía con ella, en lo que ella le decía sonriente y casta:

—¿Sabes por qué Dios ha querido que nada me suceda hasta hoy?... pues precisamente porque ando sola, sí, y lo mismo que he aprendido, por ejemplo, á defender mi cal-

zado y mis ropas del barro de las calles cuando llueve, del barro que es fuerza que pise para caminar, así he aprendido á defenderme también, instintivamente, del barro otro en que las calles abundan aunque no llueva, del barro que abunda en todas las ciudades del mundo y que también tenemos que pisar, queramos ó no, so pena de quedarnos encerrados en nuestras casas condenándonos á morir de hambre... ¿Acaso no sale uno cuando llueve? ¿acaso no te mojas tu vestido, por mucho que lo defiendas, y no te ensucias los zapatos al cruzar por entre los charcos impuros del empedrado? ¿verdad que sí?... Y, sin embargo, te resignas, y te alzas tu ropa, y al regresar á tu casa pones á secar el vestido y te pones tú mismo á restregar tus zapatos hasta que quedan libres del barro inevitable y pegadizo que no te fué dable evitar, no obstante tu esmero por conservarte limpio... ¿Puede alguien censurarte, decir que eres una persona sucia que gusta de manchas? ¿á que no?... Pues ahí tienes mi caso, padre, alguna vez habías de saberlo, ya que ¡á Dios gracias! nada hay que me remuerda ó enrojezca; de ahí me viene esta triste ciencia prematura sobre lo que la vida y las sociedades nos reservan á las muchachas pobres; de ahí que sepa lo que los hombres nos piden con los ojos, y lo que la suerte nos depararía si, por atenderlos, nos descuidamos; de ahí que hasta hoy á ninguno haya querido ¿por qué quererlos si son nuestro enemigo eterno é irreconciliable?... ¡Ay, padre, tú no sabes cuánto nos enseñan las calles y sus peligros, sus charcos y sus lodos!...

Por instantes, Carolina enmudecía para tomar aliento y seguir extrayendo del pecho la historia de su calvario, de su lucha callada y sostenida; su lucha de las horas y de los días; esa pena acumulada año tras año que á nadie había revelado; ese diario batallar contra el hombre

perseguidor, traicionero, múltiple y cobarde, que, amparado por las leyes, por las costumbres, por la fuerza y por el dinero; amparado por el universal encogimiento de hombros frente á las vírgenes que al tropezar acosadas por él, caen y dejan de serlo, acecha y persigue la carne dulce y sabrosa de las mujeres desamparadas que no pueden, ó no saben, ó no quieren defenderse — pues al fin y al cabo también son hechas de barro y de pasiones que á las veces triunfan de la voluntad y las empujan,—y tremantes de deseo van á parar entre los brazos del macho, que, antes de saciarse, aparece rendido, y, luego de saciado, tiránico y sin entrañas.

Escuchaba don Florentino, escuchábala inmóvil, con una rigidez doliente, sus ojos cegatones, muy arrugados, para que no se escapara de su retina la amada imagen de la hija que le confiaba sus angustias, las que previstas y conocidas, no habíale sido dable evitar, por su mísera condición de viejo y de impedido. No la interrumpía, ni en sus breves silencios, en los que ambos se oían el mutuo latir de sus corazones desgraciados. Lo que hizo fué extender su mano rugosa y descarnada, hasta que en ella se posaban y volvían á posarse las dos de Carolina, coquetamente cuidadas, suaves y con hoyuelos,—según las exigencias del discurso que reclamaba en algunos pasajes un ademán explicativo, en los aires,—y con lentitud se la acariciaban prestándole calor delicioso de cariño y mimo. En tanto, de los labios color de granada de la doncella valerosa, continuaban brotando muchas cosas despiadadas, muchas reflexiones tristes, muchos aprendizajes arriesgados, y sin que don Florentino ni Carolina la formularan, continuaba imponiéndose la conclusión tremenda de que al contacto del prójimo, que debiera de ser el esposo ó el hermano, al contacto del semejante que debie-

ra de sostenerlas, la virginidad moral de una mujer se marchita y perece, así el cuerpo logre no ceder nunca... lo que es el resto se pierde, y sólo quedan unas cuantas vírgenes á medias, que todo lo saben, que todo lo ven y que todo lo oyen...

Agobiado, don Florentino, murmuró en uno de los silencios de su hija:

—¡Yo rezaba por ti!...

—¡Y aquí me tienes, padre, sana y salva, por tus rezos y por los míos!—gritó Carolina, fervorosamente, convencida de la excelencia infalible del remedio por ambos empleado, besando repetidas ocasiones la mano descarnada y rugosa que ahora simulaba, junto á la boca suya, araña velluda y torpe que tratase de tejer su tela en la jugosa pulpa de fruta madura.

—¡Dime quién es él, lo que hace, lo que te ha prometido!... no es para oponerme á nada, supuesto que ya tú lo elegiste—murmuró sumisamente don Florentino, con la patética sumisión de los padres que reciben de sus hijos el sustento y saben para sus adentros que, así lo pretendieran, carecen del derecho de oponerse abiertamente á lo determinado por ellos, sobre quienes ya no ejercen más patria potestad que la súplica y el ruego.

Aquí, Carolina, muy encarnada, le contó que Salvador era viudo, con dos hijitas; que vivía de sus pinceles, con los que ganaba mucha honra y provecho; que era, además, profesor (en la Academia de San Carlos), y que los periódicos se ocupaban de él muy á menudo...

—Sólo un defecto le he encontrado—añadió después de pausa brevísima,—que no tiene religión ni en nada cree...

—¿Y á pesar de eso?...—preguntó don Florentino inquieto, sin terminar su frase.

—¡Por eso más que por nada, padre, pues se me ha medido que yo, con modo, haré que se convierta!

Callaron ambos; más meditando, sin embargo, don Florentino que su hija. Al cabo del penoso silencio, don Florentino exclamó tendiendo el brazo, cual si apartara de la cabeza de su hija una tempestad amenazante:

—¡Ojalá y lo consigas!...

Para borrar la mala impresión, Carolina agregó á su padre que el mismo Salvador, las veces en que hablaban de esto, con graves censuras y congojas de la parte de ella, teniale dicho que le faltaba «algo» en su vida; por lo que Carolina confiaba en proporcionarle ese «algo» cuando se le diera en alma y cuerpo, como se le daría, salvo que él, don Florentino, se opusiera al enlace, luego de conocerlo y de tratarlo.

—Yo sé que de estas cosas, Uds. los hombres no gustan; que una debe confiarlas á su madre ¡ya lo sé!... pero yo, que únicamente á ti te tengo y á ti te he tenido desde niña, ¿á quién querías que se las confiara?... ¿Te has disgustado?... ¡Háblame, padre!

¿Cómo había de hablarle tan de seguida, si en la garganta anudábansele palabras y lágrimas?... Habría sido preciso que comenzara por declararle que sí tenía madre, allá, ¡quién sabe en dónde!, en uno de esos charcos que ella había atinado á cruzar manchándose apenas el calzado y la orla de sus vestidos, y en el que la otra había caído hacía muchos años... casi todos los que Carolina contaba; razón por la cual él habíala dado por muerta, prefiriendo que Carolina creciese creyéndose huérfana de verdadera madre y no la hija de una desgraciada. Y ya que la piadosa leyenda no se la destruyeron; que el imaginario sepulcro seguía en el sitio remoto en que él lo colocara, muy lejos, en los confines del país, desde que Carolina princi-

pió á interrogarle acerca de punto tan delicado; ya que, filialmente, Carolina aplicaba rezos y cirios por el descanso de la que á él habíasele arrebatado para siempre, no se sentía con el ánimo de desengañarla y también destrozarle esta ilusión que por milagro perduraba entre los restos de tantas otras desterradas de su juventud, por la maldad de las calles y por el trato de los hombres. Que siguiera en su ignorancia rezando por la que debiera de aconsejarla y de sortearle los peligros opuestos á su inseguro andar de muchacha sin experiencia; por lo que, realizando un esfuerzo grandísimo, carraspeó, á fin de que las lágrimas no le subieran hasta los ojos, ni la melancólica verdad hasta los labios, y atrayendo su cabeza, su lindo rostro inquieto, por lo pronto la besó mucho, mucho, como cuando niña, y luego, mirándola de lleno, le dijo:

—Vaya, no te atormentes con ideas tristes, ¡boba!... ¿por qué había de disgustarme?... Lo que sucede es que por más que esperara esta confesión tuya un día ú otro, ahora que la he oído, me dolió de oirla... pero, se concluyó, ¡ea!, que venga en buen hora ese señor, y que te lleve, sí, que te lleve á ese cielo que todos hemos prometido y en el que á tu edad es fuerza creer, porque á tu edad de veras existe...

—Pero, padre—insistió Carolina,—si ya te dije que él no me apartará de tu lado, que viviremos juntos todos... ¿Qué ibas á hacer sin mí?...

—En efecto, ¿qué haría sin ti?...—repitió el anciano letrado, como un eco.

Y para no enzarzarse de nuevo en la charla, dieron por terminada la secreta sesión, echándole la culpa á la lámpara de petróleo que comenzaba á querer extinguirse por falta de combustible.

Al igual de todas las noches, Carolina, casi en vilo, con-

dujo á su padre hasta la cama, á cuyo borde se sentaba el viejo, diz que á desnudarse, aunque por impedido, la que ejecutaba faena tan sencilla era su hija, pero fingiendo que sólo lo ayudaba para que él creyera que aún podía valerse á sí mismo, que no lo ayudaban por inútil, sino por exceso de cariño filial.

—Anda, saca el brazo, despacio, despacio... ¿quién te corre?... Agáchate ahora ¡ah, ah!... Cógete de mi cuello, sin miedo, eso es... Ahora, á dormir, á pasar muy buena noche, sin toser ni volverse para un lado y otro, que te oigo muy bien... Persígname y dame la mano... ¡Hasta mañana!

De rodillas casi, para que el anciano no se desabrigara, noche á noche recibía la chica la persignada solemne que lentamente dibujaba su padre, como infiltrando en ella las palabras consagradas, para que más fuerza tuvieran:

— ... «de sus enemigos, ¡líbrala, Señor!...»

En seguida, Carolina besaba la mano trémula que, todavía en el aire, conservaba la señal de la cruz; subíale el embozo de las sábanas; le apagaba la vela y, después de encender en la sala diminuta la lamparilla de aceite que velaba la entera noche ahuyentando la tiniebla pavorosa de entrambos dormitorios, volvíase á contemplar á su padre, apelotonado bajo la colcha por escapar del maldito frío de los años, mayor que el de la vivienda, aunque fuese invierno, y le decía:

—Si algo te ocurre, me gritas ¿eh?, que ya sabes que tengo el sueño muy ligero...

Y luego de escuchar los vulgares ronquidos de la sirvienta, tumbada en su petate, allá, en la obscura cocina, encaminábase á su habitación, en la que (antes de corresponder á Salvador, y de anunciarle á su pobre viejo la re-

solución irrevocable de entregársele por vida, previos matrimonio y consentimiento del matrimonio.) ¡cuántas noches, Dios mío, cuántas noches, concluida la filial comedia y sin testigos ningunos, dolíase de sí misma, de su porvenir y de su presente lleno de peligros en los que no quería caer ¡no, no y no, primero muerta! y los que, sin embargo, la inspiraban terrores de que algún día, mañana quizá, pudieran más que ella y le estropearan para siempre su juventud y su belleza que apareciendo iban tentadoras y soberanas, hasta junto á su propia contemplación y su propio tacto inocente, conforme las prendas que se las defendían y ocultaban iban amontonándose á sus pies, hasta el instante—un instante rapidísimo y que ella más abreviaba porque experimentaba miedos y vértigos, cual niño que condujese una fuerza ciega á punto de estallar,—en que al meterse dentro del camisón de dormir, á la mustia luz de la vela, veía su cuerpo. (como si se lo alumbraran relámpagos que en la casta estancia entráranse durante las fragmentarias desnudeces de la indispensable maniobra prosaica,) bello, bellissimo, vibrante y tímido, con curvas y redondeces de ofrecimiento y holocausto, con encogimientos y recatos pueriles para sus propios ojos de animal asustadizo y debil, próximo á fugarse.

Entonces—antes de su idilio con Salvador,—cuando al cerrar los ojos para no recrearse pecaminosamente en su desnudez de hembra como todas conformada para el acoplamiento y la maternidad, sólo veía en sus adentros á un hombre, á otro hombre, á muchos hombres, ¡á todos los hombres!, desnudándola en plena calle con la fijeza lúbrica del mirar, envolviéndola, de lejos ó de cerca, en huracán de apetitos y deseos que le quemaba el semblante y le echaba á galopar la sangre por las entrañas de su cuerpo; que la obligaba á doblar la cabeza, cual madre-

F. GAMBOA

selva azotada por vientos cálidos; entonces, asomaba la mística que en sus interiores escondiase, y caía de rodillas, al borde del lecho virginal y sin adornos, de muchacha pobre, hundía la testa principiada á despeinar, y, muy quedito, á fin de que su padre no la sintiera y se asustara, poníase á llorar, á apartar las tentaciones de ese día, las del siguiente, las de cuantos su suerte le reservara todavía sin amor; poníase á llamar, con el pensamiento y no con los labios secos que máquinalmente barbotaban conjuros y plegarias, al Esperado, al marido que amorosamente la condujera, sin infamia para ella, á ese paraíso de los amores cuya existencia sabía, porque al oído, á gritos, en voz natural de confianza ó de consejo, decíanselo sus amigas y compañeras de trabajo que por el buen camino, ó por el camino reprobado, entraban en él y de él salían con placenteros rostros y con rostros trágicos, según; porque ese paraíso, prometíanselo los hombres, sus perseguidores, y á ella teníanle advertido que de hombre se necesita para penetrar en el mágico recinto, tan distante y tan próximo á un propio tiempo, conforme se resuelva uno á conocerlo; porque se lo decían las calles, los edificios, los árboles de los parques, las personas que caminaban á pie y las que caminaban en carruaje, los pobres y los ricos, los que la codeaban riendo y los que la esquivaban llorando; porque la ciudad entera, concupiscente y libertina; su cielo, cuajado de estrellas ó cuajado de sol; su aire sutil, sus piedras y sus rincones—á ciertas horas muy particularmente,—parecía condensarse en las parejas que se dejaban ver y en las que se adivinaban dentro de los cafés, dentro de los teatros, dentro de los edificios cerrados y silentes, las casas patricias, los hogares respetables, las mancebías discretas... la entera ciudad que parecía condensarse en la pareja eterna que en la Bi-

RECONQUISTA

blia principia y no ha de concluir sino con los estertores de la agonía de la última mujer y del último hombre.

Todo empujaba, dulcísimamente, al amor y al beso, hacia el Instante solemne de la sacrosanta conjunción de los sexos, que, para realizarla fueron exclusivamente creados; todo empujaba, el ejemplo ó el recuerdo, la vista ó el oído; todo empujaba, la propia juventud y las juventudes masculinas, que se ofrecían y que llamaban... Y Carolina, que sabía todo eso, apresuraba sus andares, amordazaba el deseo, para ella criminal, que le palpitaba y le nublabla la vista; cortaba por las calles solitarias, como su corazón que se le quejaba de tiranía tamaña, y se ponía á orar, mentalmente, asombrada de haber salido con bien; mentalmente llamaba á su padre, á fin de que la defendiera, y el viejo inválido, sin saberlo, acudía al llamado, aparecía-se en el centro mismo de la tentación, que destruía con sus armas mohosas y sin filos: sus arrugas y canas, sus músculos atrofiados de semiparalítico, sus bendiciones de la víspera ó de aquella mañana, las cuales, á pesar de la distancia, amparaban á la doncella, huérfana de madre y de amores, la libertaban de caer en medio del arroyo y caída quedarse para siempre...

Famá es que aquella noche, padre é hija, insomnes por causa idéntica, bendijeran cada cual á su modo, el arribo de Salvador Arteaga: Carolina, porque con él acababan los peligros que de tanto tiempo atrás la acechaban sin tregna, y, porque finalmente, realizaba su idilio, medio marchito, supuesto que á hombre viudo se daba, mas, de todas maneras, idilic, es decir, el complemento de su juventud hasta entonces incompleta y estéril, por no haberlo realizado. Luego, que viudo y todo, sobrábanle á Salvador atractivos masculinos con que impresionar á cualquiera mujer y hacerse amar, mucho, cual Carolina que-

F. GAMBOA

rialo, cual habíalo querido desde los principios del asedio, durante los cuales—y precisamente porque la chica reconocíase esclavizada y sin voluntades,—le cobró un miedo doble: de que percatándose él de aquella pasión naciente, que crecía y crecía á modo de semilla bien sembrada en tierra fértil, abusara del predominio, ó de que ella no opusiera al conquistador la resistencia que oponerle debía—en acatamiento de sus creencias piadosas y para no romper su honesto vivir,—en tanto no se esclareciesen las intenciones con que la perseguía; miedo que subió de punto al cerciorarse de la rectitud de éstas, porque entonces careció de fuerzas para negarle nada, por culpa del amor de los principios—ya muy crecido y lozano—y por culpa del agradecimiento de ahora, la inmensa gratitud de que Salvador no hubiera explotado esa fragilidad ni destruído el ensueño tan dulce, tan consolador, que en más de una noche conservó entre sus labios, mezclado á palabras de gracias que no llegaba á formular, al candente dejo de los cuantos besos que el artista le robaba y ella dejábase robar—aunque comprendiendo lo que al precipicio sin fondo se acercaba con consentir el robo,—pues á la hora de su fugaz perpetración, el cuerpo entero temblábale y tenía que cerrar los ojos que no distinguían á las claras los hombres ni los objetos, el camino del bien ni el camino del mal; tenía que asirse á las espaldas robustas de Salvador para no desmayarse en el sitio; de Salvador, que, sin duda, también sentiría cosas extrañas, por lo que las pupilas le llameaban y la voz se le enronquecía, por lo que suavemente le apartaba el rostro y más suavemente le descansaba la cabeza encima de su pecho duro, de varón fuerte y arrepentido de no haberse dominado, él, que de estas cosas sabía más que ella:

—¡No me dejes besarte—al oído susurrábale,—no me

RECONQUISTA

beses tú, pobrecita de mi alma, que no puede uno saber dónde paran los besos!...

Y durante unos minutos permanecían así, unidos y callados, bajo los árboles que ennegrecía la noche. Tales arrebatos consumábanlos siempre al cruzar la Alameda, ó el diminuto parquecillo de San Fernando, ó al ir saliendo de la Alameda de Santa María, á punto ya de despedirse en sus regresos á pie desde el centro de la ciudad. Permanecían así, esperando serenarse, esperando á que pasaran esas inopinadas tempestades internas que los arrojaban á uno en los brazos del otro, exponiéndolos hasta á que los sorprendiera algún guardián ó algún transeunte, exponiéndolos á que de veras alguien averiguara y supiera en dónde pueden parar los besos...

De suerte que, ya que el pobre viejo aprobaba los amores y el próximo enlace en proyecto, Carolina velaba inmóvil, y veía que Salvador se acercaba, se acercaba, y embriagándola con millares de aquellos besos, que ahora no eran peligro, sino permitido deleite infinito, llevábasela, vestida de blanco, amante, dichosa, pura...

No tan sonrosados fueron los pensamientos que á don Florentino le arrebataron su indispensable sueño de viejo. Don Florentino consideraba el asunto desde muy diversos puntos de vista: ante todo, desde el del dolor que originábale saber y palpar que su hija amaba al fin y que, por consiguiente, la perdía sin remedio, antes de que él concluyera de marcharse de esta vida tan ingrata, á la que no debía sino sinsabores y penas que habíalo aniquilado primeramente que los años y reduciéndolo á esa su condición de inválido é inútil. Y aunque tiempo llevaba de aguardar la noticia, al de verdad llegarle, experimentó encono contra su hija y odio contra quien se la arrebatara.

ba tan por completo. Porque no se forjaba ilusiones, ¡era demasiado anciano!, y bien sabía que el mal de amor de que también en su época padeciera, barría de los corazones todos los demás afectos, ¡todos!, para reinar cual soberano absoluto, á reserva de extinguirse de súbito, sin causa ni motivo aparente, y dejar llena de cicatrices y dolores la entraña en que anidó: la eterna historia, hoy amamos, *sentimos* que nos aman, pero ¿podemos asegurar que mañana continuarán amándonos, que continuaremos amando nosotros?... Esta incertidumbre—que á él salióle tan cara cuando de un golpe lo abandonaron y le estrujaron su corazón crédulo y enamorado, que así le quedó, hecho un guñiapo desde entonces, palpitándole irregularmente, torpemente, con sacudidas y pausas, como oscilan y palpitan los guñiapos que cuelgan de las ruinas, al irregular compás de los vientos que los mecen y golpean,—esta incertidumbre, amenazante, hizole variar de rumbos, aplacar el instantáneo encono contra su hija y deponer el odio á ese yerno que ni siquiera conocía. Sus egoísmos naturales de enfermo y de padre, replegábanse, los replegaba él, mejor dicho, á los desvanes enormes en que ocultamos, dentro de nosotros, lo que no nos convendría que vieran los prójimos de que tenemos menester y que gratuitamente suponemos nos estiman. Poco restábale que vivir á don Florentino, y Carolina, en cambio, hallábase á los comienzos floridos y peligrosos de la vida, agravados de su pobreza extrema y de su belleza nada común, las que, asociadas, labrábanle un porvenir sombrío y tristísimo: concluir de recorrer la senda inevitable, sin más guarda que su misma belleza ni más sostén que su pobreza misma, guarda y sostén ciegos, corruptibles, fáciles... El, don Florentino, por letrado, por viejo y por sin ventura, sabía de coro los riesgos por los que milagrosamente Ca-

rolina había atravesado sin novedad; los riesgos de la calle y del trabajo, los de la soledad y la desesperanza, los de la tentación y la tristeza, los de las malas amistades y los consejos peores; esa batalla implacable de los hombres agrupados en contra de la mujer sola, de los ricos contra los pobres, de los fuertes contra los débiles, que casi siempre alcanza parecido resultado: ¡el triunfo de los hombres, el triunfo de los ricos, el triunfo de los fuertes!... ¿Qué habría hecho él, á ver, qué habría hecho si su hija hubiese dejado de tornarle, después de una de sus diarias salidas al trabajo, ó si, engañándolo—¿cómo cerciorarse de la verdad?—le hubiese vuelto mancillada y sin dicha? ¿Con qué brazo, desde su sillón de paralítico, habría vengado la afrenta y procurado la reparación? ¿Con qué boca habríala maldecido, caso que maldiciones y no consuelos mereciese, si ella lo alimentaba por esa boca maldiciente y le mantenía su cuerpo inservible, que se desmoronaba?... Temblando de sólo imaginar lo posible que ello había sido, y siéndolo continuaría á menos un hombre la prometiera honesto y amante arrimo, don Florentino venció sus egoísmos, y, honradísimamente, elevó muda acción de gracias á aquel desconocido que le salvaba á su hija de las orillas de la sima á que en derechura caminaba por joven, por bella y por desvalida; y desde el cuartucho indigente, desde el catre humilde en que su hija había lo arropado como á un niño, el anciano se incorporó trabajosamente, y—á par que Carolina, pensando en Salvador, veía que se la llevaba vestida de blanco, feliz, enamorada, pura,—con su brazo flaco y titubeante, que los parpadeos de la lámpara veladora perfilaban fantásticamente en las sombras de la estancia, bendijo á la pareja en marcha triunfal hacia el amor y hacia la vida, y él se abatió en el catre humilde, de cara

al muro, agotado de emoción y del esfuerzo, camino de la muerte y del sepulcro en que ya podría descansar, necesitado de reposo, pero sonriendo de llevar consigo esa última visión terrena: ¡la salvación de su hija!

Esta propia noche, Salvador, en la cervecería, bebió más que de ordinario y más que todos, azorando al grupo, por su acritud contra Dios y las cosas divinas, por sus escepticismos acerca de las mujeres. Solo creía en el Arte y en sus dos chiquillas:

—Tú las conoces, y tú, y tú, ¿no es cierto?—les preguntaba á los íntimos, — conoces á Evangelina y á Magdalena... ¿Mi muerta?... ¡Bah! polvo, nada, la ceniza de mi cigarro!... ¿Las virtudes de las que se van, los amores de las que después nos salen al paso?... Me río yo de virtudes y de amores ¡es un fenómeno puramente subjetivo!... ¡Nó, no marcharse, no dejarme!... ¡Mozo! ¡mozo!... ¡tráenos otras cervezas!

Y entre las espumas que de su copa derramaba antes de apurar la blonda bebida tentona, se le escaparon proyectos, escribiría un libro, un gran libro que superaría á los cuadros de él y á los cuadros de muchos.

V

Lo que sucede siempre que se rompe el culto resorte que mantiene unida á una familia.

Evangelina, ya mayor de quince años, condújose en el casi altercado que por su matrimonio en proyecto sostuvo con Salvador, no como una muchacha de las de su edad, y de buen grado sometida al yugo paterno, sino como mujer hecha y derecha que defiende su causa, y al defenderla, revela que no ha de ceder un ápice. Al pronto, Salvador echó la cosa á broma, sin creer que nunca pudiera llevarse á efecto:

—¿Con que te casarás, eh?... Y si yo, en lugar de consentirlo, te mando á que sigas jugando á las muñecas, ¿qué harías?...

—No jugar á nada y tratar de convencerte, según tratándolo estoy, de que serías injusto si no consintieras...

—Y si á pesar de tus argumentos, que no valen nada, ¡no te me crezcas!, yo no consintiera, y te demuestro en cambio que una criatura cual tú no debe, ¡no, señor!, no debe ni pensar en casorios, ¿qué compostura le damos al negocio?... ¡Mire Ud. que es osadía decirme á mí, una hija mía que no sabe aún dónde tiene las narices, que ha resuelto matrimoniarse con Perico el de los Palotes, y todavía venir á pedirme mi consentimiento!... Pues no me da la gana ¡eal, y ya que te enserias, adviértote que no consiento siquiera ni que vuelvas á hablarme de disparate tamaño ¿me entiendes?... ¡Aprende á tu hermana, que